

## 2

LA ECONOMÍA ANTERIOR  
AL SISTEMA DE MERCADO

“Nadie ha visto a un perro llevar a cabo el intercambio justo y deliberado de un hueso con otro perro”, escribió Adam Smith en *La riqueza de las naciones*. “Nadie ha visto a un animal que, con sus gestos y gritos naturales, diga a otro: esto es mío, eso es tuyo, estoy dispuesto a darte esto por eso.”<sup>1</sup>

Smith escribía acerca de “cierta tendencia en la naturaleza humana...; la tendencia a permutar, negociar e intercambiar una cosa por otra”. La existencia de esta tendencia como característica universal de la humanidad es quizá menos probable de lo que Smith creía, pero es evidente que no se equivocó al colocar el acto del intercambio en el centro de su esquema de la vida económica. No hay duda de que el intercambio (comprar y vender) se encuentra en el corazón de una sociedad de mercado como la que describía y, al iniciar nuestro estudio del surgimiento de la sociedad de mercado, ¿qué podría ser más natural que empezar por investigar el origen de los mercados mismos?

Quizá resulte sorprendente descubrir cuán antiguo es ese origen. Las comunidades han comerciado entre sí al menos desde la Edad de Hielo. Existen evidencias de que los cazadores de mamuts de las estepas rusas obtenían conchas del Mediterráneo en trueque, como también lo hacían los cazadores Cro-Magnon de los valles centrales de Francia. De hecho, en los pantanos de Pomerania, al noreste de Alemania, los arqueólogos descubrieron una caja de roble que presentaba los restos de su correa original de piel, y en la que había una daga, la parte superior de una hoz y una aguja, fabricados en la Edad de Bronce. De acuerdo con las conjeturas de los expertos, es muy probable que haya sido el muestrario de un agente viajero, un representante ambulante que recolectaba pedidos para la producción especializada de su comunidad.<sup>2</sup>

Conforme pasamos del inicio de la civilización a sus primeras sociedades organizadas, las evidencias de comercio y de mercados aumentan con rapidez. Como escribió Miriam Beard:

Miles de años antes de que Homero cantara, o que la loba amamantara a Rómulo y Remo, los hábiles comerciantes de Uruk y Nippur... se dedicaban a los negocios. Atidum, el mercader, como necesitaba ampliar sus oficinas, acordó rentar un local adecuado a Ribatum, sacerdotisa de Shamash, por uno y un

<sup>1</sup>*La riqueza de las naciones* (Nueva York, Modern Library, 1937), p. 13.

<sup>2</sup>*Cambridge Economic History of Europe* (Cambridge, Inglaterra, Cambridge University Press, 1952), II, 4.

sexto siclos de plata al año como enganche, y el resto en cómodos pagos. Abu-wakar, el rico naviero, estaba encantado de que su hija se convirtiera en sacerdotisa de Shamash y de que abriera una oficina de bienes raíces cerca del templo. Ilabras escribió a Ibi: “¡Que Shamash y Marduk te protejan! Como sabes, firmé un pagaré por una esclava. Llegó el momento de pagar.”<sup>3</sup>

Por tanto, a primera vista parece que podemos descubrir evidencias de una sociedad de mercado en el pasado remoto. Pero estos desconcertantes indicios de modernidad deben interpretarse con precaución. Si los mercados de compra y venta, e incluso las entidades comerciales con una organización avanzada, eran características sobresalientes de la sociedad antigua, no deben confundirse con la presencia de una sociedad de mercado. El comercio existía como un importante auxiliar de la sociedad desde épocas muy remotas, pero el impulso fundamental para la producción, o la asignación básica de los recursos entre sus distintas aplicaciones, o la distribución de los bienes entre las clases sociales, estaban muy separados del proceso de mercadotecnia. Es decir, *los mercados de la antigüedad no eran los medios a través de los cuales las sociedades resolvían su problema económico básico*. Eran complementos de los grandes procesos de producción y distribución, en lugar de estar integrados a éstos; se encontraban “por encima” de la maquinaria económica pertinente en lugar de estar dentro de ésta. Cómo veremos más adelante, entre el engañoso aire contemporáneo de muchos mercados del pasado lejano y la realidad de nuestra economía de mercado actual se encuentra una distancia inmensa que la sociedad tardaría siglos en recorrer.

## **LA ORGANIZACIÓN ECONÓMICA EN LA ANTIGÜEDAD**

---

Nosotros mismos debemos recorrer esa distancia si queremos entender cómo se formó la sociedad de mercado contemporánea y, de hecho, si deseamos comprender qué es. Sólo sumergiéndonos en las sociedades del pasado, sólo observando cómo solucionaban en realidad sus problemas económicos, empezaremos a entender con claridad aquello que implica la evolución de la sociedad de mercado, que constituye nuestro propio medio ambiente.

Sobra decir que si planeáramos visitar una u otra de las numerosas sociedades anteriores al sistema de mercado como observadores generales, nuestra decisión representaría una gran diferencia. Trazar la historia económica, desde los estados-templo monolíticos de Sumeria y Akkad en el tercer milenio antes de Cristo hasta la “modernidad” de la Grecia o la Roma clásicas que datan del quinto y cuarto siglos antes de Cristo hasta los años de la era cristiana representa llevar a cabo un viaje cultural a través de una distancia inmensa. Sin embargo, al viajar sólo como historiadores económicos, descubriremos que representa una diferencia mucho menor en cuál de las sociedades de la antigüedad nos enfoquemos. Puesto que, a medida que analicemos estas sociedades, podremos ver que, subyacentes a sus grandes diferencias en el arte, la política o las creencias religiosas, existen profundas similitudes en la estructura económica, similitudes que recordamos con menos frecuencia porque se encuentran en el “trasfondo” de la historia y en raras ocasiones adornan sus páginas más emocionantes. Pero estas características que identifican la organización económica son las que nos interesan al observar el pasado. ¿Qué es lo que vemos?

<sup>3</sup>A *History of the Business Man* (Nueva York, Macmillan, 1938), p. 12.

## Fundamentos agrícolas de las sociedades antiguas

La primera impresión, y quizá la más sorprendente, es el aspecto preponderantemente agrícola de todas estas economías.

Desde luego, en cierto sentido, todas las comunidades humanas, sin importar cuán industrializadas estén, viven de la tierra: lo único que diferencia a una sociedad “industrial” de una “agrícola” es la cantidad de población no agrícola a la que los agricultores pueden dar sustento. De este modo, un agricultor estadounidense con un terreno extenso y equipo abundante puede alimentar a casi cien personas que no se dedican a la agricultura; mientras que un campesino asiático, que labra un terreno pequeño sólo con un azadón, puede verse muy presionado, después de pagar al terrateniente, para dar sustento a su propia familia.

En la antigüedad, la capacidad de la población agrícola para dar sustento a una población no agrícola era muy limitada. No tenemos a nuestra disposición estadísticas exactas, pero podemos proyectarnos en retrospectiva hacia la situación que prevalecía en todos estos países de la antigüedad observando las regiones subdesarrolladas del mundo actual, en las que los niveles técnicos y la productividad de la agricultura ofrecen una semblanza cercana, demasiado cercana, de aquellos de la antigüedad. De esta manera, en la India, Egipto, Filipinas, Indonesia, Brasil, Colombia o México encontramos que se necesitan dos familias de agricultores para dar sustento a una familia que no se dedica a la agricultura; mientras que en África tropical, un estudio que se llevó a cabo hace algunos años nos indica que “la productividad de la agricultura africana es tan baja que se requieren de dos a 10 personas (hombres, mujeres y niños) para cultivar alimentos suficientes para cubrir sus propias necesidades y aquéllas de un adulto adicional que no se dedica a la agricultura”.<sup>4</sup> Estos tristes descubrimientos, realizados hace aproximadamente 50 años, siguen vigentes.

La antigüedad no fue una época *tan* negativa; de hecho, en ocasiones se conseguían producciones agrícolas impresionantes. Pero tampoco es comparable con la productividad agrícola estadounidense, con su gran capacidad para dar sustento a una población no agrícola. Todas las sociedades antiguas eran básicamente economías rurales. Como veremos, éste no es el preludio de una sociedad urbana muy brillante y rica ni de una extensa red de comercio internacional. No obstante, el personaje económico típico de la antigüedad no era el comerciante ni el habitante urbano, sino el agricultor, y era en las comunidades rurales en las que se basaban en última instancia las economías de la antigüedad.

Pero esto no debe llevarnos al supuesto de que la vida económica era comparable a la de un país agrícola moderno como Dinamarca o Nueva Zelanda. Los agricultores contemporáneos, al igual que los hombres de negocios, se encuentran inmersos en la red de transacciones características de una sociedad de mercado. Venden su producción en un mercado y compran sus provisiones en otros. El objeto de sus esfuerzos es la acumulación de dinero, no de trigo ni de maíz. Los reportes de pérdidas y ganancias les indican con regularidad si han trabajado bien o no. Se estudian los avances más recientes de la tecnología y se aplican si son productivos.

Nada de esto describe en forma adecuada al “agricultor” del antiguo Egipto, de las antiguas Grecia o Roma o de las grandes civilizaciones de Oriente. Con pocas excepciones, el labrador era un campesino, y un campesino es un ser social muy diferente a un agricultor. No está al pendiente de las nuevas tecnologías, sino que por el contrario se apega con insistencia, y a menudo con gran habilidad, a sus bien conocidos métodos. Debe hacerlo así, porque un pequeño error podría significar morir de hambre. No compra la mayor parte de sus provisiones, sino que las produce él mismo;

<sup>4</sup>George H. T. Kimble, *Tropical Africa* (Nueva York, Twentieth Century Fund, 1960), I, 572. (Se agregaron las cursivas.)

de manera similar, no produce para un “mercado” sino primordialmente para su propia familia. Por último, a menudo ni siquiera es libre de consumir su propia cosecha, sino que debe dar una parte (una décima, una tercera parte, la mitad o incluso más) al propietario de la tierra que él trabaja.

Esto era debido a que, por lo regular, el campesino de la antigüedad no era propietario de la tierra que trabajaba. Hemos oído hablar de los agricultores-ciudadanos independientes de la Grecia clásica o la República romana, pero se trataba de excepciones a la regla general en la que los campesinos sólo eran arrendatarios de un terrateniente. E incluso en Grecia y Roma, el grupo de arrendatarios de enormes patrimonios comerciales tendía a absorber al campesinado independiente. Plinio menciona uno de estos grandes patrimonios o *latifundio* (literalmente, “granja extensa”) con un cuarto de millón de cabezas de ganado y una población de 4 117 esclavos.

De ahí que el campesino, que era el núcleo de las economías de la antigüedad, constituía un claro ejemplo del aspecto no mercantil de estas economías. Aunque algunos agricultores vendían con libertad una parte de su cosecha en los mercados de las ciudades, la gran mayoría de los productores agrícolas rara vez participaba en el mercado. Para muchos de estos productores (sobre todo aquellos que eran esclavos), éste era, en forma correspondiente, un mundo casi sin dinero en el que unas cuantas monedas de cobre al año, que guardaban celosamente y gastaban sólo en caso de emergencia, constituían el único vínculo con un mundo de transacciones comerciales.<sup>5</sup>

Por tanto, aunque la condición legal y social del campesino variaba en gran medida en las diversas áreas y épocas de la antigüedad, en una perspectiva más amplia, el tenor de su vida económica era constante. Sabía muy poco o nada de la red de transacciones, que constituye el impulso hacia los beneficios pecuniarios del agricultor moderno. El campesino de la antigüedad, que casi siempre era pobre, se encontraba abrumado por los impuestos y oprimido; era presa de los caprichos de la naturaleza y de la explotación de la guerra y la paz y se encontraba atado a la tierra por la ley y la costumbre; estaba dominado por reglas económicas de la tradición (al igual que el agricultor de hoy, que sigue representando la base agrícola en algunos países del Este y el Sur). Su principal estímulo para el cambio era el mando, o más bien, la obediencia. El trabajo, la paciencia y la increíble resistencia del ser humano fueron sus contribuciones a la civilización.

## La vida económica de las ciudades

La casta agrícola básica de la sociedad antigua y su típica exclusión del campesino de una existencia activa en el mercado conforman, de manera por demás sorprendente, otro aspecto común de la organización económica de la antigüedad. Se trata de la diversidad, la vitalidad y la efervescencia de la vida económica en las ciudades.

Ya sea que estudiemos el antiguo Egipto, la Grecia clásica o la República Romana, no podemos evitar sentirnos sorprendidos por este contraste entre el campo relativamente estático y las activas ciudades. En Grecia, por ejemplo, gran cantidad de bienes pasaban por los muelles del Pireo: granos de Italia, metales de Creta e incluso de Bretaña, libros de Egipto, perfumes de países aun más distantes. En el siglo IV antes de Cristo, Isócrates afirma en el *Panegírico*: “Los artículos que resultan difícil conseguir, uno de aquí, otro de allá, en el resto del mundo... son fáciles de adquirir en Atenas.” Del mismo modo, Roma desarrolló un floreciente comercio interno y externo. En la época de Augusto, cuatro siglos después, cada año se requerían los cargamen-

<sup>5</sup>Es preciso hacer notar que ésta no es sólo una condición ancestral. Durante un viaje por Marruecos, John Gunther informó sobre los siervos campesinos locales, “antes, no tenían un salario (para qué necesitaban el dinero), pero eso está cambiando en la actualidad”. *¡Ha cambiado en la actualidad, en 1953!* Tomado de *Inside Africa* (Nueva York, Harper, 1955), p. 104.

tos de 6 000 barcazas remolcadas por bueyes para alimentar a la ciudad,<sup>6</sup> mientras que en el foro de la ciudad, se reunía una multitud de especuladores en una especie de “bolsa de valores inmensa”.<sup>7</sup>

Por tanto, en muchos de los grandes centros urbanos de la antigüedad se hacía visible algo que se aproxima, por lo menos en forma superficial, a nuestra sociedad. No obstante, no debemos concluir que se trataba de una sociedad de mercado similar a la nuestra. Las diferencias eran muy grandes, al menos en dos aspectos.

El primero de éstos era el carácter limitado y el alcance de la función de mercado de la ciudad. A diferencia de las ciudades modernas, que no sólo son receptoras de los bienes que se envían desde el interior, sino importantes exportadoras de bienes y servicios para el campo, las ciudades de la antigüedad tendían a asumir el papel de parásitos económicos frente al resto de la economía. Gran parte del comercio que llegaba a los grandes centros urbanos de Egipto, Grecia y Roma (por encima de las provisiones necesarias de las masas urbanas) tenía la naturaleza de artículos de lujo para las clases más altas, en lugar de ser materias primas para trabajarse y enviarse a una economía consumidora de bienes. Las ciudades eran las arterias de la civilización; pero como centros de la actividad económica se encontraban separadas del país por un extenso abismo que las convertía en enclaves de la vida económica, en lugar de ser componentes que nutrieran las economías rural y urbana integradas.

## Esclavitud

Aún más importante era una segunda diferencia entre las economías de las ciudades antiguas y la sociedad de mercado contemporánea: su dependencia del *trabajo de los esclavos*.

La esclavitud en una escala masiva era un pilar fundamental de casi todas las sociedades económicas antiguas. En Grecia, por ejemplo, el engañoso aire moderno del Pireo ocultaba el hecho de que gran parte del poder de compra del mercader griego provenía del trabajo de 20 000 esclavos que trabajaban en condiciones desastrosas en las minas de plata de Laurentium. Se estima que, en el siglo IV a.C., por lo menos una tercera parte de la población de la “democrática” Atenas eran esclavos. En el año 30 a.C., en Roma, alrededor de un millón y medio de esclavos (en los latifundios, las galeras, las minas, las “fábricas” y las tiendas) mantenían en movimiento la maquinaria económica.<sup>8</sup> Incluso Séneca relata que fue necesario votar en contra de la propuesta de que llevaran vestiduras especiales, pues al reconocer su número, podrían conocer su fuerza.

Desde luego, los esclavos no eran la única fuente de trabajo. Grupos de artesanos y obreros libres, que a menudo se reunían en *colegios* o fraternidades, prestaban sus servicios a la ciudad romana, como lo hacían mujeres trabajadoras libres en Grecia y otras partes del mundo. En muchas ciudades, sobre todo durante los últimos años del Imperio Romano, una masa de trabajadores desempleados (pero no esclavizados) constituía una fuente de trabajo informal. No obstante, es poco probable que las brillantes economías urbanas del pasado pudieran haber sobrevivido sin la fuerza motriz de la esclavitud. Y esto nos lleva al punto central: la floreciente economía de mercado de la ciudad descansaba sobre una estructura económica basada en la tradición y el mando centralizado. Nada parecía al libre albedrío ni a la interacción de los intereses propios guiaba el esfuerzo económico básico de la antigüedad. Si una estructura urbana de mercado sorprendentemente moderna capta nuestra atención, no debemos olvidar que sus mercaderes se apoyaban en los hombros de innumerables campesinos y esclavos.

<sup>6</sup>Cambridge Economic History of Europe, II, 47.

<sup>7</sup>W. C. Cunningham, *An Essay on Western Civilization* (Nueva York, 1913), p. 164.

<sup>8</sup>K. J. Beloch, *Die Bevölkerung der Griechisch-Römischen Welt* (Leipzig, 1886), p. 478.

## El excedente social

La presencia de grandes concentraciones de riqueza urbana en medio de un escenario rural mucho más pobre nos indica otra característica de la sociedad económica antigua: la relación especial entre su riqueza y su organización económica subyacente.

En cualquier sociedad, la existencia de riqueza implica que a la naturaleza se le quitó un *excedente* por la fuerza, que la sociedad no sólo resolvió su problema de producción, sino que logró un margen de esfuerzo por encima del que se requiere para su propia existencia. Quizá lo que más nos sorprende al observar las civilizaciones del mundo antiguo es la magnitud del excedente que podía obtenerse de una población campesina básicamente pobre. Los templos de los antiguos reyes asirios, los extraordinarios tesoros de los aztecas, las pirámides y magníficas artesanías de los faraones de Egipto, la Acrópolis de Atenas y las magníficas carreteras y arquitectura de Roma constituyen un testimonio de la habilidad de una civilización esencialmente agrícola para alcanzar un excedente masivo, arrancar de la tierra una mano de obra considerable, mantenerla en el nivel más bajo necesario y ponerla a trabajar construyendo para la posteridad.

Pero los magníficos logros del pasado son testimonio de algo más. El potencial productivo excedente que la sociedad logra, ya sea por medio de la tecnología o por una hábil organización social, se puede aplicar en muchas direcciones. Es posible dirigirlo hacia las mejoras agrícolas, como los canales y pozos de irrigación, en cuyo caso aumentará la cosecha aún más. Aplicado a las herramientas y equipo del trabajador urbano, aumentará la capacidad de producción. O bien, es posible utilizar el excedente para apoyar a una orden religiosa que no trabaja, o a una clase de cortesanos y nobles desocupados. Si no fuera por su sorprendente capacidad para producir un excedente, Estados Unidos jamás podría sostener sus fuerzas armadas, ni tampoco podría haberlo hecho la desaparecida Unión Soviética, si *su* economía no hubiera dado lugar a una producción mayor que la que requería para su mera perpetuación.

*Por tanto, la forma social que adopta la acumulación de riqueza revela muchos aspectos de cualquier sociedad. “¿A quién beneficia el excedente?” es una pregunta que siempre da a conocer en gran medida la estructura del poder dentro de esa sociedad.*

## Riqueza y poder

¿A quién beneficiaba la riqueza en la antigüedad? A primera vista, parece imposible responder con una sola frase. Emperadores, nobles, órdenes religiosas, mercaderes... todos disfrutaron de la riqueza en un momento u otro. Pero, con una observación más detallada, se hace posible una generalización interesante y significativa: la mayor parte de la riqueza no llegaba a aquellos que desempeñaban un papel estrictamente *económico*. Aunque existen registros de esclavos inteligentes en Egipto y Roma que se volvieron ricos, y aun cuando es posible encontrar mercaderes y banqueros ricos en los anales de la antigüedad, el suyo no era el camino principal hacia la riqueza. En vez de ello, *en las civilizaciones antiguas, la riqueza era casi siempre la recompensa para el poder o la condición política, militar o religiosa, no por la actividad económica.*

Lo anterior tenía una razón. Las sociedades tienden a recompensar en mayor medida las actividades a las que se da un valor más alto; y en los largos y turbulentos siglos de la antigüedad, el liderazgo político, la tutela religiosa y la destreza militar eran, sin duda, más necesarios para la supervivencia social que la experiencia comercial. De hecho, en muchas de estas sociedades, la actividad económica misma era menospreciada por considerarse esencialmente deshonesto. Como escribió Aristóteles en su *Política*: “en las ciudades mejor gobernadas... los ciudadanos no deben llevar la vida de un artesano ni de un comerciante, ya que esta vida está privada de

nobleza y resulta hostil para la perfección del carácter”. Éste es un tema que Cicerón trató con más detalle en su ensayo *De Officiis* (Libro I), escrito en el siglo I antes de Cristo:

El trabajo de un trabajador asalariado, a quien se le paga sólo por su labor y no por sus habilidades artísticas, es indigno de un hombre libre y tiene un carácter sórdido, pues en su caso, el dinero es el precio de la esclavitud. Así mismo, resulta sórdida la actividad de aquellos que compran al mayoreo a fin de vender al menudeo, pues no obtendrían ganancias si no fuera a costa de gran cantidad de mentiras... El comercio en una escala al menudeo es sórdido, pero si se realiza en una escala de mayoreo que incluya la importación de numerosos artículos provenientes de todas partes y su distribución entre muchas personas sin ningún engaño, no es muy censurable...

En especial, agregó el gran abogado, “si aquellos que llevan a cabo ese comercio se retiran a algunas de sus propiedades en el campo, después de saciarse o al menos sentirse satisfechos con sus ganancias”.

Más allá de la menor función social del mercader en comparación con el general, el cónsul o el sacerdote, este desprecio por la riqueza que se obtenía de una actividad económica “deshonesta” reflejaba un hecho económico de gran importancia: la sociedad todavía no integraba la producción de la riqueza con la producción de bienes. La riqueza seguía siendo un excedente que había que lograr mediante la conquista, oprimiendo a las poblaciones agrícolas y esclavas subyacentes; todavía no era el resultado de un sistema de producción en aumento continuo, en el que una parte de una producción social total podía beneficiar a muchas clases de la sociedad.

Y así sería durante muchos siglos. Hasta que las actividades menores y mayores de la sociedad recibieron su precio, hasta que las compras y las ventas, las subastas y los ofrecimientos penetraron hacia las clases más bajas de la sociedad, la acumulación de la riqueza siguió siendo más una cuestión de poder político, militar y religioso que de la economía. Para resumir: *En las sociedades anteriores al sistema de mercado, la riqueza solía seguir al poder; no fue sino hasta la sociedad de mercado que el poder siguió a la riqueza.*

## La “economía” y la justicia social en la antigüedad

Antes de estudiar la transición y evolución del sistema económico de la antigüedad, es preciso formular una pregunta más: ¿qué pensaban de él los economistas contemporáneos?

La respuesta que encontramos es interesante: no existían “economistas” contemporáneos. Durante el extenso periodo que aquí llamamos antigüedad, abundaban los historiadores, filósofos, teóricos políticos y escritores sobre la educación y la moral, pero no existían economistas como tales. No es difícil encontrar la razón. La economía de la sociedad (es decir, el modo en que la sociedad se organizaba para cubrir las tareas básicas de la supervivencia económica) no alcanzaba a despertar la curiosidad de un pensador. Había pocos o ningún secreto monetario que develar, poca o ninguna complejidad en las relaciones contractuales del mercado que descubrir, poco o ningún ritmo económico de la sociedad que interpretar. Conforme la cosecha florecía, conforme variaba la justicia o injusticia del sistema de recolección de impuestos, conforme cambiaba la suerte en la guerra y la política, así variaba también la suerte del campesino, el esclavo, el artesano y el comerciante. A medida que aumentaba o disminuía la fuerza militar relativa, a medida que cada mercader tenía suerte o no, a medida que las artes prosperaban o decaían, se alteraba también el pulso del comercio. Si existía un “crecimiento” económico, éste era invisible: era demasiado pequeño o irregular para interesar al observador. Conforme lo per-

mitía la habilidad en la guerra o la política, o según lo determinaban los monopolios locales o el matrimonio, un individuo adquiriría riquezas. Todo esto ofrecía pocas posibilidades para el poder analítico de los observadores preocupados por la economía.

Si existía un problema económico (además de los eternos problemas de las malas cosechas, las fortunas de guerra, etc.), se encontraba combinado de manera inextricable con el problema de la justicia social. Desde una época tan temprana como la de las primeras tablillas asirias, contamos con registros de reformadores que buscaban la reducción de los impuestos al campesinado; y en toda la Biblia (extendiéndose, desde luego, hasta la Edad Media), está presente un comunismo primitivo, de distribución equitativa, que surge de los antecedentes del pensamiento religioso. En el Levítico, por ejemplo, se menciona la interesante costumbre del *jubileo*, un límite de cincuenta años para las rentas, después del cual cada terrateniente “tenía que regresar a cada hombre la posesión que se le había confiscado”.<sup>9</sup> Pero, a pesar del hecho de que la religión se ocupaba de la riqueza y la pobreza, y por tanto del problema de la distribución en la economía, la antigüedad presenció pocos cuestionamientos sobre el *sistema social* que producía ricos y pobres. Si la riqueza constituía un agravio, se debía a los errores personales de la gente avara; y si se quería lograr una justicia social, se tenía que alcanzar a través de la redistribución personal, por la limosna y la caridad. La idea de un estudio “económico” de la sociedad, en comparación con un estudio político o moral, brillaba por su ausencia.

Sin embargo, hay una excepción que debemos hacer notar. Aristóteles, el gran discípulo de Platón, dirigió su poderoso escrutinio a los asuntos económicos, y con él empieza el estudio sistemático de la economía como tal. Esto no significa que Aristóteles haya sido un reformador social radical, no en mayor medida que los padres de la Iglesia. Gran parte de esto se resume en su famoso enunciado: “Desde el momento de su nacimiento, algunos están marcados para servir y otros para gobernar.”<sup>10</sup> Pero el estudiante de la historia del pensamiento económico recurre primero a Aristóteles al hacerse preguntas que puede adaptar al presente, tales como: “¿Qué es valor?” “¿Cuál es la base del intercambio?” “¿Qué es el interés?”

No nos extenderemos aquí en los planteamientos de Aristóteles para estas ideas. Pero es preciso hacer notar un punto, ya que se adapta a lo que ya vimos acerca de la actitud de la antigüedad hacia la actividad económica. Cuando Aristóteles analizó el proceso económico, lo dividió en dos partes, que no son producción ni distribución, como lo hemos hecho nosotros, sino *uso y ganancia*. De manera más específica, estableció una diferencia entre *oekonomia* (de donde se origina el término “economía”) y *chrematistiké*, para lo cual no contamos con un término preciso. Por *oekonomia*, el filósofo griego se refería al arte de manejar una casa, administrar el patrimonio propio y cuidar los recursos. Por otra parte, *chrematistiké* implicaba el uso de los recursos de la naturaleza o de las habilidades humanas con propósitos adquisitivos. La *chrematistiké* era el comercio por el comercio mismo, la actividad económica que tiene como motivo y finalidad la ganancia, no el uso. Aristóteles aprobaba la *oekonomia*, pero no la *chrematistiké*, y desde la perspectiva de la estructura de mercado limitada de la antigüedad, en la que el comerciante urbano a menudo explotaba al campesino, no es difícil ver la razón. El problema mucho más complicado de si una sociedad de mercado, en la que *todos* buscan una ganancia, garantiza la aprobación o la desaprobación, nunca aparece en los escritos de Aristóteles,

<sup>9</sup>Es decir, tierras que se habían confiscado por deudas, etc., tenían que devolverse a sus dueños originales. La ira de los profetas posteriores, como Amós, indica que el precepto debe haberse violado en la mayor parte de los casos.

<sup>10</sup>*Política*, Libro I.

como no lo hace nunca en la historia antigua. Todavía no existía la sociedad de mercado, con sus preguntas verdaderamente desconcertantes de moral y orden económicos. En ese momento, no existía la filosofía necesaria para pensar en ese orden.

## **LA SOCIEDAD ECONÓMICA EN LA EDAD MEDIA**

---

Hasta el momento, nuestro estudio de la organización económica ha analizado sólo las grandes civilizaciones de la antigüedad. Ahora debemos concentrarnos en una sociedad mucho más reciente y, lo que es más importante, que antecede de inmediato a la nuestra, en términos de la evolución social. Se trata del extenso periodo de la historia que conocemos como Edad Media, periodo que abarca y describe el mundo occidental, desde Suecia hasta el Mediterráneo, “empezando” con la caída del Imperio Romano en el siglo v y “terminando” con el Renacimiento, mil años después.

El saber moderno enfatiza cada vez más la diversidad que caracteriza a ese extenso periodo y espacio, una diversidad no sólo en la apariencia social de un siglo a otro, sino también en el contraste de un lugar a otro durante un periodo determinado. Una cosa es hablar de la “vida” en la Edad Media teniendo en mente una comunidad de campesinos del siglo x en Normandía, donde se estima que el habitante promedio quizá nunca vio a más de doscientas o trescientas personas en su vida, ni dominó un vocabulario de más de seiscientas palabras,<sup>11</sup> y otra muy diferente, cuando nos referimos a la mundana ciudad de Florencia durante el siglo xiv, sobre la que Boccaccio escribió en forma tan cautivadora.

Aún más pertinente para nuestros propósitos es la necesidad de pensar en la Edad Media en términos de la variedad y el cambio económicos. Los primeros años de la vida económica feudal son muy diferentes a los años intermedios o finales, sobre todo en lo que respecta al bienestar general. El inicio del feudalismo coincide con un periodo de gran escasez, privación y despoblación. Durante el siglo v, la población de Roma se redujo de 1 500 000 a 300 000 habitantes. Pero para el siglo xii, las ciudades se habían extendido una vez más (¡después de 600 años!) hasta los límites de sus antiguas murallas romanas e incluso más allá; y, para principios del siglo xiv, una prosperidad considerable reinaba en muchas partes de Europa.<sup>12</sup> Después, se sucedieron varias catástrofes: una terrible hambruna que duró dos años en 1315; más adelante, en 1348, la peste bubónica, que eliminó de una a dos terceras partes de la población urbana; una lucha devastadora, que duró un siglo, entre Inglaterra y Francia, y entre los principados de Alemania e Italia. Todos estos infortunios redujeron en gran medida el nivel de la existencia económica. La historia del feudalismo no está marcada por un progreso lineal constante, sino por enormes e irregulares mareas seculares, que nos disuaden de una concepción simplista de su desarrollo.

Sin embargo, nuestro propósito no es analizar estos hechos, sino presentar un panorama general de la *estructura económica* que, más allá de los vaivenes de la fortuna, marca la época feudal como un periodo único de la historia económica occidental. Y podemos empezar por des-

<sup>11</sup>George G. Coulton, *Medieval Village, Manor and Monastery* (Nueva York, Harper, Torchbooks, 1960), p. 15.

<sup>12</sup>Existen algunas evidencias de que en Inglaterra, alrededor del año 1500, los salarios reales para los trabajadores comunes alcanzaron un nivel que no superarían durante al menos tres siglos (*Economica*, noviembre de 1956, pp. 296-314).

tacar el importante desarrollo subyacente al inicio de esa estructura económica: *se trata del surgimiento de una organización política de gran escala.*

## La caída de Roma

Puesto que, a medida que Roma “caía” y las invasiones sucesivas del norte, el este y el sur destruían los campos europeos, una variedad de entidades políticas a pequeña escala tomaban el lugar del gran marco administrativo legal anterior. Incluso en el siglo IX, cuando el Sacro Imperio Romano de Carlomagno adquirió esas impresionantes dimensiones en el mapa, debajo de la apariencia de un “estado” unificado, en realidad existía un caos político: no existían un idioma común, un gobierno central coordinado, un sistema legal ni monetario unificado, ni siquiera una alianza “nacional” consciente capaz de unificar los dominios de Carlomagno con algo más que una cohesión temporal.

Hacemos notar esta sorprendente diferencia entre la antigüedad y la Edad Media para enfatizar las grandes consecuencias económicas que tuvo la disolución política. Conforme la seguridad cedió su lugar a la autarquía y la anarquía, los largos viajes para transportar mercancías se volvieron muy peligrosos, y la vida de las grandes ciudades, que alguna vez había sido muy activa, se tornó imposible. Al desaparecer una moneda y una ley comunes, los mercaderes en Galia ya no pudieron hacer negocios con los mercaderes en Italia, y la acostumbrada red de conexiones económicas se vio afectada o cayó en desuso. Cuando las enfermedades y las invasiones despoblaron los campos, la gente recurrió por necesidad a las formas más defensivas de la organización económica, formas dirigidas a la mera supervivencia a través de la autosuficiencia. Surgió una nueva necesidad, la necesidad de reducir la organización viable de la sociedad en el elemento más pequeño posible. Durante siglos, este aislamiento de la vida económica, esta autosuficiencia extrema, constituiría la característica económica de la Edad Media, y su modo general de orden político y social se conocería como *feudalismo*.

## Organización feudal de la sociedad

El feudalismo trajo consigo una nueva unidad básica de organización económica: el *estado feudal*.

¿Cómo era este estado? Por lo regular, era una extensa porción de tierra, que a menudo incluía miles de acres, “propiedad” de un señor feudal, espiritual o temporal.<sup>13</sup> La palabra “propiedad” se encuentra entre comillas porque el feudo no era en primera instancia una propiedad económica. En vez de ello, era una entidad social y política en la que el señor del feudo no sólo era terrateniente, sino también protector, juez, jefe de policía y administrador. Aunque él mismo formaba parte de una gran jerarquía en la que cada señor era el sirviente de algún otro señor (incluso el Papa era sirviente de Dios), el noble feudal literalmente era, dentro de los confines de su feudo, “el señor de la tierra”. Así mismo, era propietario y amo de muchas de las personas que vivían en la tierra, ya que los siervos de un feudo, aunque no eran esclavos, eran en muchos aspectos propiedad del señor, como lo eran sus casas, rebaños y cosechas.

<sup>13</sup>Es decir, el señor podría haber sido el abad o el obispo de la localidad, o bien un personaje secular, un barón que había adquirido las propiedades por herencia, o a quien se había nombrado caballero y se le habían otorgado las tierras por un servicio excepcional en el campo de batalla o por alguna otra razón.

En el punto central de la heredad se encontraba la residencia del señor, o gran casa feudal, que casi siempre estaba protegida contra el ataque de los saqueadores, separada por murallas de los campos que la rodeaban y que, en ocasiones, alcanzaba la altura de un genuino castillo. En el terreno cerrado del feudo se encontraban talleres en los que se cosía o tejía ropa, se prensaban uvas, se almacenaban los alimentos, se llevaban a cabo trabajos sencillos de fundición o soldadura de hierro y se molían los granos. Alrededor del feudo estaban los campos, que casi siempre se dividían en “franjas” de un acre o de medio acre, y cada uno tenía un ciclo propio de cosecha y descanso. La mitad o más de estos campos pertenecían al señor feudal; el resto “pertenecía”, en los diversos sentidos del término legal, a la jerarquía de familias libres, medio libres o esclavas que constituían una heredad.

El significado exacto de la palabra *pertenecer* dependía de las obligaciones y los derechos de un siervo, un liberto o cualquier otra categoría en la que una persona hubiese nacido. Sin embargo, es importante hacer notar que incluso un liberto que era “propietario” de su tierra no podía vendérsela a otro señor feudal. En el mejor de los casos, ser propietario significaba que nadie podría sacarlo de su tierra, excepto en circunstancias extraordinarias. Un personaje de menor nivel que un liberto ni siquiera tenía esta seguridad. Un siervo típico se encontraba literalmente atado a “su” tierra. Sin un permiso específico y, casi siempre, sin un pago específico, no podía dejar la heredad por otra, ya fuera en los dominios del señor feudal o en los dominios de otro. Esta condición traía consigo una serie de obligaciones que se encontraban en el centro mismo de la organización económica feudal. Consistían en la necesidad de llevar a cabo trabajo para el señor feudal: cultivar sus campos, trabajar en sus talleres, entregarle una parte de la cosecha propia. Las contribuciones variaban de un feudo a otro y de una época a otra: en algunos lugares, consistían de hasta cuatro o cinco días de trabajo a la semana, lo que significaba que para los siervos sólo era posible mantener sus propios campos con el trabajo de su esposa o sus hijos. Y, por último, los siervos tenían que hacer pequeños pagos monetarios: impuestos principales, como el *chevage*; impuestos sobre la herencia, como el *heriot*; un impuesto sobre el matrimonio, que era el *merchet*; e impuestos por utilizar el molino o los hornos del señor feudal.

### La provisión de seguridad

Sin embargo, existía un importante intercambio de beneficios en todo esto. Si el siervo daba a su señor feudal su trabajo y gran parte del fruto de sus tierras, el señor, a cambio, le daba algunas cosas que el siervo no habría podido obtener por sí mismo.

La más importante de todas era cierto grado de seguridad física. Resulta difícil para nosotros reconstruir el ambiente de violencia que prevalecía en gran parte de la vida feudal, pero un investigador nos ha proporcionado estadísticas que sirven para explicar el punto: entre los hijos de los duques ingleses, 46% de aquellos que nacieron entre 1330 y 1479 tuvieron una muerte violenta. Su promedio de vida, excluyendo la muerte violenta, era de treinta y un años; incluyéndola, era de sólo veinticuatro años.<sup>14</sup> El campesino, aunque no era un guerrero y, por tanto, en su trabajo no estaba expuesto a los peligros de combates continuos, asesinatos, etc., era a menudo víctima de los asaltantes, indefenso ante la captura, incapaz de proteger sus posesiones en contra de la destrucción. De esta manera, es posible entender por qué incluso los hombres libres se convertían en siervos “encomendándose” a un señor feudal quien, a cambio de su subordinación económica, social y política, les ofrecía una valiosa protección militar.

<sup>14</sup>T. H. Hollingsworth, “A Demographic Study of the British Ducal Families”, *Population Studies*, XI (1957-1958).

Además, el señor feudal ofrecía cierto elemento importante de seguridad *económica*. En tiempos de hambre, era él quien alimentaba a sus siervos con las reservas de sus almacenes feudales. Y, aunque tenía que pagar por eso, el siervo tenía *derecho* a utilizar los animales y equipo del señor para cultivar sus tierras, así como las de su amo. En una época en la que el siervo promedio no poseía casi ninguna herramienta, éste era un beneficio esencial.<sup>15</sup>

Estos hechos no deben hacer que nos formemos una concepción idealista de la vida feudal. A menudo, la relación entre el señor y sus siervos era de explotación extrema. No obstante, debemos estar conscientes de que existía un apoyo mutuo. Cada uno ofrecía al otro servicios esenciales para la supervivencia en un mundo en el que la organización y la estabilidad políticas prácticamente no existían.

## La economía de la vida feudal

A pesar de la enorme autosuficiencia de la vida feudal, en gran parte se asemeja a la organización económica de la antigüedad.

Para empezar, al igual que aquellas primeras sociedades, ésta era una forma de sociedad económica organizada con base en la tradición. De hecho, la fuerza de la costumbre nunca fue mayor; un ejemplo son las famosas “costumbres antiguas” de las cortes feudales medievales, que con frecuencia servían como consejeros para el siervo que, de lo contrario, se encontraba indefenso. Al carecer de un gobierno central unificado y poderoso, incluso el ejercicio de la autoridad era relativamente débil. Como resultado de ello, el ritmo del cambio y el desarrollo económicos, aunque existentes, fue muy lento durante los primeros años de la época medieval.

En segundo lugar, incluso más que en el caso de la antigüedad, ésta era una forma de sociedad que se caracterizaba por la ausencia de transacciones monetarias. A diferencia del latifundio de Roma, que vendía su producción a la ciudad, el feudo sólo se abastecía a sí mismo, y quizás a algún poblado local. Ninguna heredad fue tan autosuficiente como para establecer vínculos monetarios con el mundo exterior; incluso los siervos compraban unas cuantas mercancías y vendían unos cuantos huevos; y, en ocasiones, el señor feudal tenía que comprar provisiones considerables que no podía producir él mismo. Pero, en general, se manejaba muy poco dinero. Como dijo Henri Pirenne, experto en la historia económica medieval:

...los siervos pagaban en especie sus obligaciones a su señor. Cada siervo... debía pagar con un número fijo de días de trabajo y una cantidad fija de productos naturales o bienes fabricados por él mismo, maíz, huevos, gansos, pollos, ovejas, cerdos y ropa de cáñamo, lino o lana. Es cierto que se tenían que pagar unas cuantas monedas, pero representaban una parte tan pequeña del todo que no evitan la

<sup>15</sup>Para un panorama de la vida entre las diversas clases en la Europa medieval, podemos recurrir a la obra de Eileen Power, *Medieval People* (Garden City, NY, Doubleday, Anchor Books, 1954), un relato académico, pero encantador, de la realidad de la existencia humana que se encuentra detrás de la historia. Para darse una idea del ambiente violento de la época, véase J. Huizinga, *The Waning of the Middle Ages* (Garden City, NY, Doubleday, Anchor Books, 1954), capítulo 1. Permítasenos recomendar otros dos libros que transmiten una idea vívida de la realidad económica feudal: uno es de H. S. Bennett, *Life on the English Manor* (Cambridge, Inglaterra, Cambridge University Press, 1965); el otro es de Marc Bloch, *French Rural History* (Berkeley, CA, University of California Press, 1966). En especial, *French Rural History* es una de las verdaderas obras maestras de la historia económica. Una obra que se ocupa menos de la vida económica (es preciso leer entre líneas para conocerla), pero es una maravillosa microhistoria de la vida medieval, es el relato de un diminuto pueblo abatido por la herejía del siglo XIV en el sur de Francia, *Montaillou: The Land of Promised Error*, de Emmanuel Le Roy Ladurie (Nueva York, George Braziller, 1978). Por último, *The Three Orders: Feudal Society Imagined* de Georges Duby (Chicago, University of Chicago, 1980), un clásico moderno.

conclusión de que la economía del mando era una economía natural... puesto que no se involucraba en el comercio, no tenía necesidad de utilizar el dinero...<sup>16</sup>

## El pueblo y las ferias

No obstante, sería una representación errónea de la vida medieval el hecho de afirmar que el dinero y las transacciones monetarias, así como la acción de comprar y vender en una sociedad de mercado, no existían. En vez de ello, como en el caso de la antigüedad, debemos pensar que la sociedad económica medieval consistía en una gran base de producción agrícola estática y en gran medida sin fundamento monetario, sobre la cual floreció una variedad considerable de actividades más dinámicas.

Por una parte, además de los feudos, también existían los empuqueñecidos descendientes de las ciudades romanas (y, como veremos más adelante, los núcleos de las nuevas ciudades), y estas pequeñas ciudades requerían de una red de mercados que las abastecieran. Cada ciudad tenía sus mercados, donde los campesinos llevaban a vender una parte de sus cosechas. Más importante aún es el hecho de que las ciudades eran una unidad muy diferente a los feudos, y las leyes y costumbres de estos últimos no se aplicaban a sus problemas. Incluso cuando las ciudades se encontraban dentro de la protección feudal, sus habitantes obtenían poco a poco su libertad en relación con las obligaciones de trabajo y, lo que es más importante, con las obligaciones feudales legales.<sup>17</sup> En contraste con las “costumbres ancestrales” del feudo, una nueva y evolutiva “ley de mercaderes” regulaba gran parte de la actividad comercial dentro de los muros de las ciudades.

Otro núcleo de vida económica activa fue la feria. Ésta era una especie de mercado ambulante, que se establecía en lugares fijos en fechas establecidas y en la que mercaderes de toda Europa llevaban a cabo un verdadero intercambio internacional. Las grandes ferias, que casi siempre se organizaban sólo una vez al año, eran eventos muy importantes, una mezcla de fiesta social, festival religioso e intensa actividad económica. En algunas ferias, como aquellas que se realizaban en Champagne, Francia, o en Stourbridge, Inglaterra, se ponía a la venta una gran variedad de mercancías: sedas de Levante, libros y pergaminos, caballos, medicamentos, especias. Cualquiera que haya visitado el Mercado de Pulgas, el famoso bazar al aire libre en las afueras de París, o alguna feria en Nueva Inglaterra o el medio oeste, ha saboreado la atmósfera que impera en un mercado de este tipo. Es fácil imaginar la emoción que las ferias deben haber despertado en la quietud de la vida medieval.

## Gremios

Y, por último, dentro de las ciudades, encontramos los pequeños pero importantes centros de la producción “industrial” medieval. Aun con toda su grandeza, el feudo no podía dar apoyo a todo aquello que se necesitaba para su mantenimiento, mucho menos para su extensión. Era necesario recurrir a los servicios o productos de vidrieros y albañiles, armeros y herreros expertos, buenos

<sup>16</sup>*Economic and Social History of Medieval Europe* (Nueva York, Harcourt, Harvst Books, 1956), p. 105.

<sup>17</sup>De ahí el dicho: “El aire de la ciudad libera a los hombres”; puesto que, por lo general, se consideraba que el siervo que escapaba hacia una ciudad y permanecía en ésta durante un año y un día pasaba de la jurisdicción de su amo a la de los burgueses de la ciudad. Huir era uno de los pocos medios que tenían los siervos para protestar en contra de su condición. Los siervos fugitivos, al igual que los esclavos fugitivos, recibían severos castigos. Sin embargo, los siervos escapaban continuamente a las ciudades, ejerciendo en esta forma insignificante y desesperada una presión económica en contra de sus amos. Para un análisis de la importancia de este problema, véase *The Transition from Feudalism to Capitalism*, compilado por Rodney Hilton (Londres, NLB, 1978).

tejedores y tintoreros, y casi siempre se encontraban en las instituciones medievales que eran tan características de la vida en las ciudades, como lo eran los feudos en la vida del campo.

Estas instituciones eran los *gremios*, organizaciones comerciales, profesionales y artesanales de origen romano. Dichas organizaciones constituían las “unidades de negocios” de la Edad Media; de hecho, una persona no podía establecerse en un “negocio” si no pertenecía a un gremio. Por tanto, los gremios eran una especie de sindicato exclusivo, pero no tanto un sindicato de trabajadores, sino de maestros. Las figuras dominantes en el gremio eran los maestros: fabricantes independientes que trabajaban en sus propios hogares y se reunían para determinar la forma de funcionar de su gremio, para más tarde establecer las reglas concernientes a sus asuntos internos. Debajo de los maestros del gremio, se encontraban unos cuantos jornaleros (del francés *journalé*, o “día”), a quienes se les pagaba por día, y una media docena de aprendices, que tenían de 10 a 12 años de edad y a quienes tenían bajo su custodia legal por periodos de tres a 12 años. Con el tiempo, un aprendiz podía convertirse en jornalero y después, por lo menos en la literatura medieval, graduarse como maestro del gremio al terminar su “obra maestra”.

Cualquier estudio de la vida en las ciudades medievales se deleita con el colorido de las organizaciones gremiales: los bordadores y guanteros, los sombrereros y escribanos, los navieros y tapiceros, cada uno con un lugar propio, su uniforme distintivo y sus elaborados reglamentos. Pero si la vida en los gremios y las ferias ofrece un fuerte contraste con la difícil vida en los feudos, no debemos dejarnos llevar por el parecido superficial y pensar que representaba un anticipo de la vida moderna con ropa medieval. Existe una gran distancia entre el gremio y la empresa moderna, y conviene tener en mente algunas de sus diferencias.

## Funciones del gremio

En primer lugar, el gremio era mucho más que sólo una institución para organizar la producción. Si bien la mayor parte de sus reglamentos se relacionaban con los salarios y las condiciones de trabajo, así como con las especificaciones de la producción, comprendían también asuntos “no económicos”: las contribuciones de caridad que se esperaban de cada uno de los miembros, su papel cívico, la ropa apropiada e incluso su comportamiento cotidiano. Los gremios regulaban no sólo la producción sino también la conducta social: cuando uno de los miembros del gremio de comerciantes de tela de Londres “le rompió la cabeza” a otro en una pelea acerca de cierta mercancía, a ambos se les impuso una multa de 10 libras y una fianza de 200 más, como garantía de que no repetirían la acción. En otro gremio, los miembros que participaron en una disputa tuvieron que pagar como multa un barril de cerveza que sus compañeros se bebieron.

Pero entre el gremio y la empresa moderna existe una diferencia mucho más profunda que este paternalismo: *A diferencia de la empresa moderna, el propósito principal de un gremio no era ganar dinero.* En vez de ello, su meta era conservar determinado modo de vida ordenado; un modo de vida en el que se lograba un ingreso decente para los artesanos expertos, pero que ciertamente no tenía la intención de convertirlos en “grandes” hombres de negocios ni monopolistas. Por el contrario, los gremios estaban diseñados en forma específica para impedir cualquier tipo de lucha entre sus miembros. Los términos del servicio, los salarios, el avance de los aprendices y jornaleros estaban determinados por la costumbre. De igual manera lo estaban los términos de la venta: un miembro de cualquier gremio que acaparara el abastecimiento de un artículo era culpable de *crear un monopolio*, por lo cual se le aplicaban severos castigos, y aquel que compraba al mayoreo para vender al menudeo recibía penas similares por los delitos de *acaparamiento* o *especulación*. De este modo, la competencia estaba limitada de manera estricta y las utilidades se mantenían en los niveles

prescritos. La publicidad estaba prohibida e incluso el progreso técnico que permitiera superar a los compañeros del gremio se consideraba desleal.

En los grandes gremios de ropa de Florencia durante el siglo XIV, por ejemplo, a ningún mercader se le permitía atraer a un comprador hacia su tienda ni llamar a un cliente que se encontrara en la puerta de otro mercader, ni siquiera procesar la ropa en forma diferente a la de sus colegas. Las normas de producción y procesamiento de ropa estaban sujetas al escrutinio más minucioso. Por ejemplo, si se descubría que un tinte escarlata había sido adulterado, el culpable era condenado a una multa muy elevada y, si no pagaba, corría el riesgo de perder la mano derecha.<sup>18</sup>

Desde luego, los gremios representan un aspecto más “moderno” de la vida feudal que el feudo mismo, pero el carácter general de la vida gremial se alejaba de las metas e ideales de la empresa moderna. No existía una fluctuación libre de los precios, una competencia libre, ni una lucha constante por obtener ganancias. Los gremios, que existían al margen de una sociedad en la que prácticamente no se manejaba el dinero, se esforzaban por eliminar los riesgos de sus débiles empresas. Su objetivo no era el crecimiento, sino la conservación, la estabilidad y el orden. Por tanto, estaban tan impregnados de la atmósfera medieval como los feudos.

## Economía medieval

Más allá de estas diferencias, debemos destacar un abismo aún más profundo entre la sociedad económica medieval y una economía de mercado. Se trata de la brecha entre una sociedad en la cual la actividad económica todavía se encuentra mezclada en forma inextricable con la actividad social y religiosa, y otra en la que la vida económica, por así llamarla, surgió como una categoría especial. En nuestro próximo capítulo, hablaremos de las formas en que la sociedad de mercado crea una esfera especial de existencia económica. Pero para completar la introducción de la sociedad económica medieval, el punto principal que debemos tocar es que en ese momento no existía esa esfera especial. *En la sociedad medieval, la economía era un aspecto subordinado de la vida, y no uno dominante.*

¿Y qué dominaba? Desde luego, la respuesta es que en los asuntos económicos, así como en otras muchas facetas de la vida medieval, el ideal principal era el religioso. Era la Iglesia, el gran pilar de la estabilidad en una época de desorden, la que constituía la autoridad máxima en la economía, como lo hacía en casi todas las áreas.

Pero la economía del catolicismo medieval se ocupaba no tanto de los créditos y las deudas de las operaciones de negocios exitosas, sino de los créditos y las deudas de las almas de quienes hacían dichas operaciones de negocios. Como escribió R. H. Tawney, uno de los grandes estudiosos del problema:

...las contribuciones específicas de los escritores medievales a la técnica de la teoría económica fueron menos significativas que sus premisas. Sus supuestos fundamentales, que dejarían profundas huellas en el pensamiento social de los siglos XVI y XVII, eran dos: que los intereses económicos están subordinados al verdadero negocio de la vida, que es la salvación; y que la conducta económica es un aspecto del comportamiento personal, por lo que se encuentra sujeta a las reglas de la moral, al igual que los otros aspectos. Las riquezas materiales son necesarias... porque sin ellas los hombres no pueden apoyarse ni ayudarse entre sí... Pero los motivos económicos son sospechosos, puesto que son apetitos poderosos y los hombres les temen, pero no son tan importantes como para alabarlos. Al igual que

<sup>18</sup>G. Renard, *Histoire du Travail à Florence* (París, 1913), pp. 190 y ss.

cualquier otra pasión fuerte, lo que necesitan, se creía entonces, no es dejarles el campo libre, sino reprimirlos...<sup>19</sup>

De manera que, lo que encontramos en el pensamiento religioso general de la Edad Media es un descontento continuo con las prácticas de la sociedad económica. En esencia, la actitud de la Iglesia hacia el comercio se resume de manera ingeniosa en la frase: “*Homo mercator vix aut numquam Deo placere potest*”, que quiere decir: “El mercader raras veces o nunca agrada a Dios.”

## El precio justo

Encontramos una sospecha parecida en lo que concierne a los motivos que se tienen para hacer un negocio, es decir la preocupación de la Iglesia por la idea de un “precio justo”. ¿Qué era un precio justo? Era vender un artículo en lo que valía, y no más. Tomás de Aquino escribió: “Es un gran pecado cometer fraude por el propósito manifiesto de vender un artículo en un precio más alto que el justo, de la misma manera en que un hombre, cuando engaña a su vecino, encuentra su propia perdición.”<sup>20</sup>

Pero, ¿qué era el “valor” de un objeto? Presuntamente lo que costaba hacerlo o adquirirlo. Sin embargo, pensemos que un vendedor había pagado demasiado por un artículo... entonces ¿cuál era el “precio justo” de reventa? O bien, supongamos que un hombre había pagado muy poco, ¿corría el peligro de que su espíritu se perdiera al aumentar sus ganancias materiales?

Éstas eran las preguntas sobre las que meditaban los “teólogos economistas” de la Edad Media, y constituyen un testimonio de la combinación de economía y ética que caracterizaba la época. Pero no se trataba de preguntas meramente teóricas. Contamos con registros de la consternación que la teología económica provocaba en quienes en verdad participaban en el proceso económico. En el siglo x, un tal san Gerald de Aurillac, después de comprar una prenda eclesiástica en Roma a un precio inusualmente bajo, supo por algunos mercaderes ambulantes que había encontrado una “ganga”; en lugar de regocijarse, envió de inmediato al vendedor una cantidad adicional de dinero, a fin de no caer en el pecado de la avaricia.<sup>21</sup>

Sin duda, la actitud de san Gerald fue excepcional. No obstante, si bien la costumbre de cobrar precios justos no tuvo éxito para reducir la ambición de los hombres, sí pudo contener su entusiasmo. Los hombres que participaban en negocios ordinarios se detenían con frecuencia para evaluar la condición de su balance moral. En ocasiones, ciudades enteras se arrepentían de la usura y pagaban una enmienda muy alta; o bien, mercaderes como Gandulfo *el Grande* ordenaban, en su lecho de muerte, el reembolso a aquellos a quienes habían cobrado demasiado. En los siglos xii y xiii, los hombres de negocios incluían en su testamento cláusulas en las que pedían a sus hijos que no siguieran sus pasos en los engaños del comercio, o buscaban reparar sus pecados comerciales mediante obras de caridad. Un mercader medieval de Londres fundó una beca de teología con 14 libras, “con el objeto de aliviar mi conciencia, pues he engañado a varias personas hasta por esa suma”.<sup>22</sup>

<sup>19</sup>*Religion and the Rise of Capitalism* (Nueva York, Harcourt, 1947), p. 31.

<sup>20</sup>A. E. Monroe, comp., “*Summa Theologica*”, en *Early Economic Thought* (Cambridge, MA, Harvard University Press, 1924), p. 54.

<sup>21</sup>Pirenne, *Economic and Social History of Medieval Europe*, p. 27.

<sup>22</sup>S. L. Thrupp, *The Merchant Class in Medieval London* (Chicago, University of Chicago Press, 1948), p. 177. También Renard, *Histoire du Travail à Florence*, pp. 220 y ss.

## El desprestigio por obtener ganancias

Por tanto, el aspecto suspicaz de la teología dio una característica totalmente nueva al proceso de ganar dinero. Por primera vez, asoció el hecho de ganar dinero con la *culpabilidad*. A diferencia del negociante de la antigüedad que revelaba sus tesoros sin ninguna pena, el mercader medieval contaba sus ganancias sabiendo que era probable que pusiera en peligro su alma.

En ningún aspecto fue más evidente esta desaprobación hacia el hecho de ganar dinero que en el horror que expresaba la Iglesia por la usura: prestar dinero cobrando un interés. Desde la época de Aristóteles, el prestar dinero se consideraba una actividad parasitaria, un intento por hacer que una mercancía improductiva, como el dinero, redituara una ganancia. Pero la que siempre había sido vagamente una actividad poco popular y deshonesto se convirtió, a los ojos de la Iglesia, en una tarea profundamente maligna. La usura se declaró pecado *mortal*. Durante los siglos XIII y XIV, en los Consejos de Lyon y Viena, el usurero fue declarado paria de la sociedad, a quien nadie debería rentar una casa, bajo pena de excomunión; cuya confesión no debería escucharse; cuyo cuerpo no tendría cristiana sepultura; cuya voluntad misma no tenía ningún valor. Cualquiera que defendiera la usura sería sospechoso de herejía.

Estos poderosos sentimientos eclesiásticos no se producían debido sólo a los escrúpulos teológicos. Por el contrario, muchos de los preceptos de la Iglesia en contra de la usura y de las ganancias surgieron de las realidades más seculares. La hambruna, la calamidad endémica de la Edad Media, trajo consigo la especulación económica más despiadada; los préstamos tenían un interés del 40 al 60%, sólo para comprar pan. Gran parte del disgusto que provocaban la búsqueda de ganancias y el cobro de intereses surgía de la identificación con estas crueles prácticas, que abundaban en la época medieval.

Por último, otra razón, quizá más fundamental, se encontraba detrás de la falta de popularidad de las ganancias y utilidades. Se trataba de la organización en esencia estática de la vida económica en sí. No debemos olvidar que la vida era básicamente agrícola y que la agricultura, con su complejidad infinita de las franjas de parcelas para los campesinos, distaba mucho de ser eficiente. Citando una vez más a Henri Pirenne:

...la idea de obtener una ganancia, e incluso la posibilidad de una utilidad, era incompatible con la posición que ocupaba el gran señor feudal. Incapaz de producir para vender, debido a la falta de un mercado, no tenía necesidad de lograr un excedente por parte de su gente y sus tierras que sólo constituiría un estorbo para él; y como se veía obligado a consumir lo que producía, se sentía satisfecho limitándolo a sus necesidades. Su medio de subsistencia estaba asegurado por el funcionamiento tradicional de una organización a la que no trataba de mejorar.<sup>23</sup>

Lo que sucedía en el campo, ocurría en las ciudades. La idea de una economía *en expansión*, de una escala de producción *en crecimiento*, de una productividad *en aumento*, era tan extraña para el maestro gremial o el mercader de una feria, como para el siervo y el señor feudal. La organización económica medieval se concebía como un medio para reproducir, pero no para mejorar, el bienestar material del pasado. Su divisa era la conservación, no el progreso. No resulta sorprendente que, en esa organización estática, las utilidades y la búsqueda de ganancias se consideraran más un elemento inquietante que un fenómeno económico benéfico.

<sup>23</sup>*Economic and Social History of Medieval Europe*, p. 63.

## PRERREQUISITOS PARA EL CAMBIO

---

Hemos establecido los lineamientos de la organización económica occidental hasta los siglos x o xii. Una vez más, resulta conveniente enfatizar la diversidad de corrientes que encontramos en un escenario que, con mucha frecuencia, nos hemos visto obligados a tratar como si no tuviera diferencia alguna. En el mejor de los casos, nuestro viaje a la antigüedad y la Edad Media nos ofrece una perspectiva del ambiente que prevalecía en esa época, un sentido del clima económico dominante, de las principales instituciones e ideas con base en las que los pueblos organizaban sus esfuerzos económicos.

Pero una cosa es segura: nos encontramos muy lejos del carácter y el ritmo de la vida económica moderna. Las pocas acciones que hemos presenciado en el lento mundo del feudo y el poblado no son más que los precursores de un gran cambio que, a través de los siglos, alteraría de manera dramática la forma básica de la organización económica, reemplazando los antiguos vínculos de la tradición y el mando centralizado con los nuevos vínculos de las transacciones mercantiles.

Tendremos que esperar hasta el próximo capítulo para ser testigos del proceso del cambio real. Pero quizá resulte útil enfocarnos en lo que ya vimos y en lo que presenciaremos anticipando el plan de acción. Ahora ya tenemos una idea de lo que es una sociedad anterior al sistema de mercado, una sociedad en la que existen los mercados, pero que todavía no depende del mecanismo de mercado para solucionar el problema económico. ¿Qué cambios se requerirán para transformar esa sociedad en una verdadera economía de mercado?

### 1. Se necesitará una nueva actitud hacia la actividad económica.

Para que una sociedad de este tipo funcione, los hombres deben ser libres de buscar ganancias. La suspicacia e inquietud que rodeaban a las ideas sobre la obtención de utilidades, sobre el cambio y la movilidad social, deberán ceder el paso a ideas nuevas que fomenten esas mismas actitudes y actividades. A su vez, esto significa, de acuerdo con las famosas palabras del historiador de mediados del siglo xix, sir Henry Maine, que la *sociedad de estado* ("status" o nivel social) debe dar lugar a la *sociedad de contrato*, que la sociedad en la cual los hombres nacen predestinados a una posición en la vida debe dar lugar a una sociedad en la que sean libres de definir esa posición por sí mismos.

Para la forma de pensar medieval, esta idea habría parecido irracional. La idea de que una libertad general para todo debe determinar las compensaciones de los hombres, sin un límite inferior que evite su hundimiento ni un límite superior que les impida elevarse más allá de lo que dicta la razón, hubiera parecido no tener sentido, e incluso una blasfemia. Si escuchamos una vez más a R. H. Tawney:

Encontrar una ciencia de la sociedad que se basara en la suposición de que el apetito de ganancias económicas... debe aceptarse, de la misma manera que las demás fuerzas naturales... habría parecido al pensador medieval difícilmente menos irracional o menos inmoral que hacer de la filosofía social la operación espontánea de atributos humanos tan necesarios como los instintos bélico y sexual.<sup>24</sup>

<sup>24</sup>*Religion and the Rise of Capitalism*, pp. 31-32.

No obstante, una liberación de la búsqueda de las ganancias económicas y una competencia agresiva en la nueva relación contractual entre las personas resultarían esenciales para el nacimiento de una sociedad de mercado.

## **2. La monetización de la vida económica tendrá que continuar hasta lograrse por completo.**

A estas alturas, uno de los prerequisites para la economía de mercado debería estar claro: este tipo de economía debe comprender el proceso de intercambio, de compra y venta, en todos los niveles de la sociedad. Pero para que esto tenga lugar, los hombres deben contar con la libertad de participar en un mercado; es decir, deben tener dinero en efectivo. Y, a su vez, si la sociedad debe impregnarse con dinero, los hombres deben obtener dinero por su trabajo. En otras palabras, *a fin de que exista una sociedad de mercado, casi todas las tareas deben tener una recompensa monetaria.*

Incluso en nuestra sociedad altamente monetizada, no pagamos todos los servicios: los ejemplos más concretos son los servicios de ama de casa y de cuidado de los niños que se desempeñan en el hogar. Pero en el periodo anterior al sistema de mercado, los servicios que no se pagaban (la cantidad de trabajos que se llevaban a cabo por ley sin una compensación monetaria) eran mucho más numerosos que en nuestra sociedad. Desde luego, el trabajo de los esclavos no se pagaba, al igual que la mayor parte de las tareas que realizaban los siervos. Incluso el trabajo de los aprendices se remuneraba en especie, con alimentos y alojamiento, más que con dinero. Por tanto, es probable que de 70 a 80% de la población productiva de una economía medieval o de la antigüedad trabajara sin recibir nada parecido a un salario regular en efectivo.

Es evidente que, en una sociedad de este tipo, las posibilidades de una economía de intercambio altamente complicada eran limitadas. Pero es preciso hacer notar una consecuencia aún más importante. La ausencia de una monetización generalizada de las tareas significaba *la ausencia de un mercado generalizado para los productores.* Nada parecido al flujo del “poder de compra” que domina y guía nuestros esfuerzos productivos podría formar parte de una sociedad en la que los ingresos monetarios eran la excepción, más que la regla.

## **3. La presión de una fluctuación libre de la “demanda” de mercado tendrá que regular las tareas económicas de la sociedad.**

Como hemos visto, a lo largo de la antigüedad y la Edad Media, la tradición o el mando centralizado solucionaban el problema económico. Éstas eran las fuerzas que regulaban la distribución de las recompensas sociales. Pero en una sociedad de mercado, deben surgir otros medios de control que ocupen su lugar: *Un flujo extendido de demanda monetaria, que se deriva de la monetización total de todas las tareas económicas, debe convertirse en el gran mecanismo propulsor de la sociedad.* Los hombres deben realizar sus tareas no sólo porque así se les ordene, sino porque desean ganar dinero; y los productores deben decidir el volumen y la variedad de su producción, no porque así lo determinen las reglas del feudo o el gremio, sino porque existe una demanda en el mercado por determinados productos en particular. En otras palabras, desde el nivel más alto hasta el más bajo de la sociedad, una nueva orientación mercantil debe hacerse cargo de las tareas de producción y distribución. El reaprovisionamiento total, al abastecimiento continuo, el progreso mismo de la sociedad deben estar sujetos a la guía de una demanda universal de trabajo y bienes.

¿Qué fuerzas impulsaron el mundo de la organización económica medieval hacia un mundo de dinero, de mercados universales, de búsqueda de utilidades? El escenario está listo para que tratemos de responder esta importante y difícil pregunta. Consideremos las causas que fueron capaces de provocar un cambio tan radical.

## Conceptos y palabras clave

- Mercados**
1. Debemos diferenciar entre los mercados, que tienen un origen ancestral, y las sociedades de mercado, que no lo tienen. *En una sociedad de mercado, el problema económico mismo, tanto de producción como de distribución, se soluciona por medio de un vasto intercambio entre compradores y vendedores.* Muchas sociedades antiguas tenían mercados, pero éstos no organizaban las actividades fundamentales de esas sociedades.
  2. Las sociedades económicas de la antigüedad tenían varias características en común, muchas de las cuales contrastan en gran medida con aquellas de las economías de mercado modernas:
- Agricultura**
- Se basaban en la *agricultura*.
  - Desde un punto de vista económico, sus ciudades eran *centros parasitarios de consumo, no centros de producción activos*.
- Esclavitud**
- La *esclavitud* era una forma de trabajo común y muy importante.
- Excedente**
- Además, producían un *excedente* considerable, al igual que la mayor parte de los sistemas económicos modernos.
- Riqueza y poder**
3. Como resultado de ello, en las sociedades económicas de la antigüedad, encontramos que el lado económico de la vida sirve al aspecto político. Los sacerdotes, guerreros y estadistas eran superiores a los mercaderes o comerciantes; *la riqueza seguía al poder* y no, como en el caso de las sociedades de mercado que surgirían más adelante, el poder a la riqueza.
- Feudalismo**
4. La vida económica medieval surgió de la desorganización catastrófica que siguió a la caída de las leyes y el orden del Imperio Romano. Se caracterizaba por una forma de organización única llamada *sistema feudal*, en la que:
- Señores**
- *Los señores locales representaban a los centros del poder político, militar, económico y social.*
- Siervos**
- *La mayoría de los campesinos estaban unidos como siervos* a un señor en particular, para quien tenían que trabajar y a quien tenían que pagar con su trabajo, así como impuestos y tarifas.
  - El señor feudal ofrecía *seguridad física* en contra de asaltantes u otros señores, además de que el señor feudal ofrecía cierta seguridad económica en épocas difíciles.
- Sistema feudal**
5. El *sistema feudal*, sobre todo en sus primeros años (del siglo VI al X), *fue un sistema económico estático*, en el que los pagos monetarios desempeñaban un papel sin importancia. La autosuficiencia era el propósito principal y la característica más sobresaliente del feudo.
- Ferías**
6. Junto con el feudo, existía la vida económica de las *ciudades*. En éstas, el intercambio monetario tenía un papel más importante, al igual que la organización de una vida económica más activa en la institución de las *ferias*.
- Gremios**
7. El *gremio* era la forma principal de organización de la producción en los poblados y ciudades. *Los gremios eran muy diferentes a los negocios modernos*, sobre todo porque desalentaban la competencia y la búsqueda de ganancias, e imponían reglas generales sobre los métodos de producción, índices de pago, prácticas mercantiles, etcétera.
- Usura**
8. Durante toda la Edad Media, la Iglesia, que era la principal organización social de la época, sospechaba de la actividad de compra y venta. En parte, esto reflejaba el disgusto por las prácticas explotadoras de la época; en parte, era una consecuencia de un rechazo ancestral al hecho de ganar dinero (recuérdese que a Aristóteles no le agradaba la *chrematistiké*) y, en especial, a la actividad de prestar dinero (usura). Los líderes religiosos de la época se preocupaban por los “precios justos”, y no podían admitir que la actividad de compra y venta sin regulaciones pudiera dar lugar a los precios justos.
- Sociedad de mercado**
9. Fueron necesarios tres cambios importantes para convertir a la sociedad medieval en una sociedad de mercado:
    - *Una nueva actitud hacia el hecho de ganar dinero* como una actividad legítima tuvo que reemplazar la sospecha medieval hacia la búsqueda de ganancias.
- Monetización**
- *La red de monetización tuvo que extenderse* más allá de sus estrechos confines; es decir, la actividad de compra y venta tuvo que controlar la generación de todos los productos y el desempeño de casi todas las tareas.

- Fue necesario permitir que los flujos de la “*demanda*” y la “*oferta*” tomaran la dirección de la actividad económica, alejándola de los dictados de los señores feudales y los usos de la costumbre.

## Preguntas

1. ¿Qué diferencias, en caso de existir alguna, caracterizan las actitudes y el comportamiento económicos del agricultor y el hombre de negocios estadounidenses? ¿Esta comparación también describe el comportamiento y la actitud del campesino y el mercader egipcios? ¿Cuál es la diferencia entre ambas sociedades?
2. Julio César y J. P. Morgan fueron hombres ricos y poderosos. ¿Cuál es la diferencia en los orígenes de su riqueza y poder? ¿El poder continúa siguiendo a la riqueza en las sociedades económicas modernas? ¿La riqueza continúa siguiendo al poder en las sociedades que no son de mercado?
3. ¿Qué uso se daba al excedente de la sociedad en la Roma antigua?, ¿en la sociedad feudal? ¿Qué uso se le da en la sociedad estadounidense moderna?, ¿en la República Popular China? ¿Qué significado tienen estos usos diferentes? ¿Qué nos dicen acerca de la estructura de estas sociedades?
4. ¿Qué piensa acerca de la validez de la distinción que hace Aristóteles entre la actividad económica para el *uso* y para la *ganancia*?
5. ¿En qué aspectos un siervo es una criatura económica diferente al agricultor moderno? ¿En qué se diferencian un esclavo y un obrero industrial?
6. ¿Qué cambios tendrían que presentarse en un gremio para que éste se pareciera a un negocio moderno?
7. La Biblia incluye numerosas referencias hostiles contra el hecho de ganar dinero: “Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico entre en el reino de Dios.” ¿Cómo explicaría esta antigua antipatía eclesiástica hacia la riqueza? En la actualidad, ¿la religión sospecha todavía del hecho de ganar dinero? ¿Por qué?
8. ¿En nuestra sociedad todavía encontramos la idea de un precio “justo” (o un salario “justo”)? ¿Qué significan estos términos? ¿Piensa que estas ideas son compatibles con un sistema de mercado?
9. El sistema feudal duró casi 1 000 años. ¿Por qué piensa que el cambio tardó tanto en llegar?
10. La Grecia y la Roma antiguas tenían un temperamento mucho más “moderno” que la Europa feudal; sin embargo, no se acercaban ni remotamente al sistema económico moderno. ¿Por qué?